

LA PROTESTA

Precio 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

 Int. de pago
 Soc. Geschiedenis
 Amsterdam

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERÚ 1537

Valores y giros a A. Barera

Afirmaciones anarquistas

La lucha contra el principio de autoridad

Uno de los principios más irreductibles del anarquismo, es la lucha contra el Estado. De la tácita consideración de que el Estado encarna todos los vicios, ampara todas las corrupciones y lleva en su naturaleza la causa primera, conocible y tangible, del malestar social, depende nuestra conducta frente a los explotadores y dominadores de pueblos.

El desglosamiento del socialismo en dos fracciones antagónicas — la autoritaria y la libertaria — tiene su origen en la concepción del Estado. La rama marxista del socialismo, no sólo hizo suyo el fatalismo histórico que atribuye al desarrollo industrial de las naciones la virtud milagrosa de operar la transformación del régimen presente por obra y gracia de su propio dinamismo, sino que también estableció diferencias esenciales entre las diversas categorías de Estados, propendiendo así a la "construcción" de su Estado obrero... Y fué esa creencia en la bondad del Estado y en la necesidad de la ley reguladora de la vida social y de la autoridad que establezca un límite a los "excesos de libertad", el factor que determinó la concepción anarquista, en oposición al autoritarismo de los discípulos de Marx.

Por su definición, la anarquía (anarquía) es la idea del hombre que aspira a la libertad y vive en constante lucha contra el medio opresivo que le circunda. Y de ese concepto del no-gobierno y de la no-autoridad, surge toda una ideología social que toma como base al individuo y trabaja sus valores intrínsecos para llegar a la realización del eterno postulado: la libertad.

De la negación de la autoridad, de la ley y del gobierno, depende, por así decirlo, la base moral del anarquismo. No es posible, a título de un ensayo transitorio o alegando necesidades imperiosas, que un anarquista acepte un régimen de violencia o suponga necesaria la subordinación del pueblo a dirigentes "voluntariamente" elegidos. Toda forma de Estado significa desigualdad en las condiciones morales y económicas de los dirigentes y de los dirigidos. Y en esa oposición al Estado, a todos los Estados, radica la razón de ser del anarquismo.

Los marxistas, si bien no declaran francamente que es imposible la vida sin el Estado — la ley, la autoridad, la violencia organizada para el mantenimiento del "orden social" —, sostienen la necesidad de

Conferencia panamericana



Como en Europa...

conquistar el gobierno a las actuales clases dirigentes para que el Estado burgués se transforme en Estado proletario. Esa sucesión de clases dirigentes, si bien ha modificado las apariencias extremas del Estado, no logró hacer mejores a los gobiernos, ni mucho menos conciliar los intereses de los gobernados con los de la casta privilegiada y gobernante.

El Estado socialista, aún cuando llegará a la total expropiación de la burguesía, no puede ser mejor que el Estado burgués. La evolución política de los pueblos, que tiene sus hitos demarcadores en los diversos sistemas de gobierno que se fueron sucediendo, no llegó con el triunfo de la democracia a una síntesis de libertad. El socialismo, empeñado en asegurar el sustento para los trabajadores, pero opuesto en absoluto a que los pueblos se liberten de su esclavitud moral, quiere solucionar el problema económico mediante una formidable concentración autoritaria y una férrea centralización de

las energías creadoras en su Estado absoluto. La clase trabajadora, al libertarse del capitalismo para convertirse en asalariado del Estado-patrón, ¿es por eso más libre? ¿Deja de ser la clase explotada y miserable de nuestras democracias burguesas?

He ahí la realidad histórica que determina nuestra irreductible oposición al Estado. No creemos en la virtud milagrosa de los gobiernos surgidos de abajo, e improvisados en plena revolución para substituir a los gobernantes vencidos. ¿Qué en las condiciones actuales del mundo, debido al atraso del proletariado, a la resistencia que opondrían los usufructuadores del patriotismo social y a mil causas ajenas a nuestra voluntad, sería imposible dar un paso de la revolución a la anarquía? Empecemos por allanar esas imposibilidades. Por otra parte, los anarquistas no hemos establecido un plazo a "nuestra revolución" ni hemos tenido, nunca la pretensión de transformar en paloma a un cerdo.

El anarquista, al actuar en un plano de constantes actividades populares, va contribuyendo a la realización de las diarias conquistas morales y materiales del proletariado. Pero su tributo a la diaria batalla contra el despotismo imperante, su aceptación de los medios compatibles con la lucha diaria contra el capitalismo, no lo obliga a aceptar cambios de sistemas que dejen en pie la causa del mal social: el Estado. Contra los amos de hoy y contra los amos de mañana, estamos los anarquistas. Y como no ofrecemos un "sistema propio" al proletariado, ni aspiramos a suplantarlo en el gobierno a las clases que lo detentan, de ahí que estemos contra toda clase de tiranía, ya se ejerza en nombre de la burguesía o se ejecute sobre el proletariado en nombre del proletariado.

De la lucha contra todo principio de autoridad, de nuestra intransigencia frente a todo gobierno y de la negación del Estado, surge nuestra crítica al comunismo ruso. Y estamos por igual frente a ese "gobierno obrero", como al resto de los gobiernos burgueses — desde los más despóticos a los más democráticos — porque para nosotros los vicios, las corrupciones y los males que combatimos, no son patrimonio de los hombres, sino los efectos lógicos de ese cáncer que corroe las entrañas del mundo y se alimenta con la sangre generosa de los pueblos: el Estado.

De Tolstói

Si las predicaciones de Marx se cumplieran, no resultaría más que un desplazamiento del despotismo. Actualmente son los capitalistas quienes dominan, pero entonces llegaría el turno a los obreros y sus representantes.

El error de los marxistas (y de toda escuela materialista) consiste en olvidar el hecho de que la humanidad es impulsada por el progreso de la conciencia, por un concepto de la vida de más en más claro, correspondiendo a todas las exigencias, pero no por causas económicas.

Marx se equivoca cuando supone que los capitales privados pasarán al gobierno, y que este gobierno, que representará al pueblo, los pasará a los obreros. El gobierno nunca representa al pueblo; está compuesto, la mayoría de las veces, por elementos que difieren poco de los capitalistas. Además el gobierno no abandonará nunca los capitales a los obreros. Y que el gobierno pretenda representar al pueblo, es una ficción, una impostura. En una organización donde el gobierno expresara la voluntad del pueblo, él no tendría necesidad de recurrir a la violencia; por lo tanto no habría necesidad de un gobierno, pues que el gobierno representa la violencia.

(Reflexiones traducidas de su "Journal Intime" — fechadas en Pirojov el 3 de agosto de 1898 —

León TOLSTOY

NOTAS

La habitación del pobre

La población pobre de la "gran" urbe argentina, la población que produce todo lo que se ve, la que alimenta con su esfuerzo gigantesco las tragaderas insaciables del pulpo capitalista y esa enorme falange de parásitos que la defienden, ha tenido que huir de la capital, porque esta madrastra desalmada la expulsó de su seno como no lo haría la más calamitosa de las fieras con sus cachorros.

¿Y a dónde ha ido a refugiarse la desdichada población obrera de la capital? Se ha ubicado entre el fango de los alrededores de la desmesurada Cartago rioplatense, entre los pantanos infectos, al borde de los riachos pestilentes que forman las aguas servidas de las fábricas, por donde corren las escrecencias y todas las inmundicias que proceden del hacinamiento urbano; hasta en las bocas por donde evacúan las cloacas metropolitanas, en chozas aparragadas al suelo cenagoso, que desprecian las nutrias y los castores a pesar de la humedad perpetua de los lugares, han levantado sus "viviendas" los trabajadores de Buenos Aires.

Ha sido un verdadero éxodo en los últimos años; desde que Herodes se hizo dueño de la habitación porteña y pronunció la terrible sentencia: "No se quiten niños; condición para alquilar" la familia obrera tuvo que emigrar en masa.

¿Queréis ver cómo vive, cómo vegeta más bien dicho, entre la ciénega que circunda a la "gran" urbe? Salid un día de Buenos Aires con el ánimo dispuesto a hundiros hasta el cuello en el lodo, a que vuestras narices sientan todos los tufo y pestilencias que emanan del suelo y rarefican la atmósfera, que vuestros ojos sean heridos por las más deplorables escenas, y, sobre todo, a llenaros el alma de asco y de dolor. El cuadro horrible de la "habitación" obrera en lo que se llama "pueblos suburbanos" es imposible describir con la pluma en todos sus dolorosos aspectos.

¿D a ver esa población arrojada al fango!

Silveyra

No nos forjemos ilusiones respecto a la suerte de este infornado camarada. Son demasiado fieros sus enemigos para que pensemos bien de ellos. Si el temor a perjudicar sus intereses o sus personas no abre la mano de los cancerberos uruguayos y les hace soltar la presa, no será la bondad quien opere este "milagro"; no ha de tocar en su corazón un "santo bendito", aconsejándole misericordia — que el compañero preso no les ha de pedir tampoco — ni los detendrá el escrúpulo de pasar por sobre unos cada-veces de obreros para entregar a sus colegas argentinos esa víctima de este monstruoso régimen.

No nos forjemos ilusiones. Si no tenemos fuerzas para causarle un serio perjuicio a los capitalistas de la otra banda o a las personas de sus cancerberos, nada detendrá el nuevo crimen que se intenta consumar. Lo que podrá detener, entonces, la mano de los cancerberos es una acción decidida y contundente contra el bolsillo y la cabeza de los fiejos enemigos de Silveyra, que no han de ser

tan fieros cuando sientan la mano firme del proletariado insurrecto desbaratando sus cuantiosas fortunas o golpeando en sus cabezas vacías. Porque los parásitos sociales, así como los mercenarios que los guardan, son capaces de ser "buenos" cuando el esclavo secular olvida su condición y su respeto al amo y en un arrebato de ira se yergue con una piedra en cada mano.

Sólo entonces su corazón se ablanda, sólo entonces se siente paternal y concede todo lo que le pidan con tal que le dejen la vida; porque también los parásitos sociales, lo mismo que sus instrumentos, aprecian su vida inútil, tanto como Silveyra puede apreciar su libertad fecunda.

Quien sabe para cuando aparezcan estas líneas, cuál habrá sido la suerte del compañero Silveyra; pero de todos modos habrá quedado siempre este precedente: solo la acción contundente — duro y a la cabeza — puede abrir la mano de los empedernidos verdugos del pueblo. El golpe debe ser al bolsillo de los capitalistas y a la cabeza de sus mercenarios.

Voceros de la mentira

Entre las mil amentas que se nos infieren a diario, una de las que nos castiga más duramente a los amigos de la verdad es ese constante voceo de la prensa miserable. Y no solamente nos duele por saber que se pregona libremente el

veneno que más estragos produce entre el pueblo, sino porque los voceros de esa mentira descarada y destructora de la salud moral, son los mismos elementos que esa prensa se empeña en intoxicar con su prédica infame.

¡Ah, nunca será suficientemente reprimida por nosotros esa abyección que significa la mentira impresa y que se echa diariamente a volar sobre la ignorancia popular, que ávidamente la devora porque no tiene conciencia del daño que se hace! Y no lo será porque el mal que produce es muy superior a la energía que tenemos para repudiarla.

"Cuando vemos a los "canillitas" correr, jadeantes y sudorosos, cuando los oímos echar los pulmones pregonando las últimas mentiras que han impreso las grandes rotativas, la indignación golpea duramente en nuestros pechos rebeldes. Porque pensamos que es este régimen impío quien impele a estos pobrecitos a llevar bajo su brazo esa carga de veneno para ganarse, con su venta, el miserable sustento cotidiano.

Y esa mercancía intoxicante va a parar a las manos de otros niños y de otras mentalcitas ávidas de saber. ¡Y guay! lo que aprenden: que este desorden benefico para unos pocos y perjudicial para la mayoría, es un dechado de orden y bienestar social, y que los que intentan destruirlo son unos locos dignos del patíbulo.

Y los inconcientes obreros de la mentira continúan con su carga de veneno bajo el brazo repartiéndolo pródigamente entre el pueblo ávido de tóxico infame.

Teoría y práctica del anarquismo

Todos los partidos autoritarios dividen su programa en dos partes: el programa máximo, que es el ideal lejano y la bandera que se despliega, como decía Kropotkin, en las grandes ocasiones; y el programa mínimo, constituido por las pequeñas conquistas que se quiere hacer enseguida, por los objetivos inmediatos que se quiere alcanzar, para los cuales no se tiene recato en servirse también de medios que están en contradicción con el fin último, afirmado en el programa máximo.

Tales partidos ponen un cuidado especial en dividir la teoría de la práctica, y las conciben casi como dos cosas separadas en el tiempo y en el espacio. Y he aquí por qué, cuando éstos obtienen la victoria, quien recuerda sus antiguas afirmaciones teóricas sorprende que éstas han sido completamente renegadas por los hechos. El triunfo práctico del partido no coincide absolutamente con el triunfo de su idea, y a menudo hasta significa la definitiva derrota de ésta.

Los anarquistas, precisamente porque no tienen que alcanzar ningún objetivo suyo — quiero decir ningún objetivo material inmediato, tanto para las personas como para el partido, fuera del de la difusión de sus ideas — no conciben esta división entre programa máximo y programa mínimo, entre teoría y práctica.

La teoría anarquista no es una construcción ideológica nacida, como Minerva del cerebro de Jove, de la imaginación de algún filósofo humanitario o de algún solitario cenáculo cerrado en la torre de marfil. Ha brotado de todo un complejo movimiento de hechos y de ideas, de casi medio siglo de duración, y se ha desarrollado entre el pueblo y en el seno del movimiento obrero internacional, y sigue en continua relación con la práctica revolucionaria, de modo que el movimiento y la acción de los anarquistas no son más que la teoría anarquista pue-

ta en práctica, o por lo menos que intentan constantemente, aún en las más pequeñas cosas y en toda circunstancia, su posible actuación y aplicación.

Por eso el anarquismo no es solamente un fin de libertad, una concepción libertaria de la revolución; es un método de preparación revolucionaria, una pedagogía de la acción, aún en los momentos menos revolucionarios y bajo el dominio de la más adversa realidad.

Por consiguiente, es un error creer que para los anarquistas, fuera de la propaganda teórica, no haya nada que hacer hasta el día del triunfo de la revolución, y que, antes, ellos deben dejar toda actividad práctica a la competencia de otros partidos, o resignarse a dejarse absorber por movimientos que siguen direcciones diferentes o contrarias.

También la propaganda teórica y de ideas, tendiente a despertar sentimientos de libertad y de rebeldía contra la injusticia, es, por lo demás, un medio de preparación práctica que contribuye a educar a las minorías, a quienes espera la función de abrir con espíritu de sacrificio y de iniciativa los caminos del porvenir. Esta propaganda es siempre útil y necesaria. Hoy, además, ella puede cumplir una función ennoblecedora y elevadora, como reacción contra el más bajo utilitarismo, contra un positivismo que enmascara el triunfo de los peores egoísmos, contra un sordido materialismo que se prosterna ante el hecho cumplido y en nombre de la realidad, cualquiera que ella sea, escarnece todo ideal de porvenir.

las mayorías, a un número de personas siempre relativamente demasiado restringido. Su radio de influencia queda siempre muy circunscripto, porque la fuerza enorme, desde todo punto de vista coercitiva, del ambiente exterior le limita el alcance y le paraliza gran parte de los efectos.

De aquí la necesidad, aún no desculdando de recoger todos los frutos posibles de educación libertaria y revolucionaria y de preparación moral que la propaganda puede dar, de desarrollar paralelamente a ésta y en armonía con las ideas profesadas toda una actividad práctica que se mantenga en contacto con la vida real y actual de las masas de los explotados y oprimidos, de cuantos sufren del actual estado de cosas y en especial modo de la clase trabajadora. Es decir, que en vista del fin lejano no debemos desculdar el presente y las batallas parciales más o menos importantes que la vida actual impone día por día.

El anarquismo tiene que actuar en el porvenir, después de la revolución, un programa suyo, cuya actuación será un punto de partida de todo un movimiento diverso, de toda una nueva evolución humana. Pero no es solamente un fin, como ya lo he dicho, es también un método, una tendencia: el método libertario y la tendencia a combatir, obrar, moverse y vivir, también en la sociedad actual, en la mayor independencia posible de los vínculos autoritarios de los partidos, de los gobiernos y de los patronos.

Esta tendencia anárquica a menudo se manifiesta inconscientemente también en campos de la actividad humana que son menos sospechosos de subversivismo y de anarquismo: en la ciencia, en la industria, en la literatura, en el arte, en la vida privada y familiar, etc. Pero los anarquistas son los exponentes conscientes de esta tendencia; y aún utilizando y ayudando todas sus manifestaciones en los campos más diversos, dirigen principalmente su atención para hacer penetrar su propia tendencia, desarrollarla y hacerla siempre más fuerte y decidida, en el movimiento de organización, de resistencia y de conquista de la clase obrera.

Que el movimiento obrero constituya, o haya constituido siempre desde su aparición, una de las más importantes preocupaciones del anarquismo, y hasta el campo más vasto de su práctica extrínseca, es más que natural.

El anarquismo no es una doctrina de clase, en el sentido de que quiera el bien de una clase social solamente, en daño o descuido de todas las otras. Para los anarquistas, la cuestión a resolver es, tomada en su conjunto, humana, porque todos los hombres, en el fondo, sufren del actual estado de cosas, incluso aquellos que son o parecen los beneficiarios.

Pero es un hecho que la mayor suma de sufrimientos, de miserias, de injusticias es soportada hoy por la clase trabajadora, que constituye la mayoría de la humanidad; y que la causa principal de tantos males de la masa de los obreros, consiste en el desequilibrio económico, en la desigualdad del reparto de los bienes de fortuna y de los productos del trabajo, es decir, en el hecho de la explotación de los pobres por los ricos.

El hecho de que en la sociedad estén, por un lado, la clase más numerosa de los que no tienen nada, los proletarios, constreñida a trabajar a salario, vale decir, en una condición servil, y a vivir en una situación de inferioridad económica, política, intelectual y moral; y por el otro una clase mucho menos numerosa, detentadora de toda la riqueza y de todo el poder, dueña de la dirección misma de la producción y de la disposición de los productos de ésta, y por ello privilegiada también en el disfrute de los mayores bienes espirituales y culturales y en el uso de la libertad; este hecho constituye de por sí una injusticia tal, que su eliminación se hace la condición principal e imprescindible para la solución de todo el más complejo problema social.

Para el anarquista, que aspira al triunfo de la libertad en todas las relaciones entre los hombres, la liberación del proletariado de la sujeción patronal; vale decir, la eliminación de esta forma de autoridad coercitiva del hombre sobre el hombre, por la cual el que posee puede obligar por hambre a quien no posee na-

da a trabajar para él, no puede ser sino una de las partes más importantes de su programa de acción. Por lo demás, la actitud obrera del anarquismo, aunque no fuese por otra cosa, brotaría espontánea del hecho material y contingente de que la casi totalidad de los anarquistas son obreros, y son llevados muy naturalmente a mirar las cosas desde su propio punto de vista, y a través de su propio interés general de clase.

Pero que las razones de la participación en el movimiento obrero sean determinadas por el sentimiento idealista y por la aspiración a la justicia y a la libertad para todos, o que nazcan de la necesidad y de la conciencia del interés de clase, para los anarquistas tales razones se confunden, coinciden en una misma dirección de acción, se amalgaman en la misma solidaridad entera y desinteresada con todo el proletariado contra toda la clase capitalista, dominadora opresiva de la vida social actual.

El anarquismo tiende, a través de su participación en el movimiento obrero, a imprimirle un impulso todo lo más libertario y revolucionario posible, sin querer por ello subyugarlo a su específico y especial movimiento de partido.

Todo anarquista tiende a desarrollar y favorecer en el movimiento obrero — como por lo demás en cualquier ambiente que ejercite su actividad — todos los sentimientos, necesidades e intereses que estén sobre una dirección libertaria o afín a sus intenciones ideales; pero no le preocupa demasiado la parte de donde viene el impulso que le parece bueno, o quien puede ser el primero en sacar provecho directo o indirecto. No siendo un partido utilitario, el anarquismo juzga buena o mala una acción, un movimiento, etc., según que aumente o disminuya la suma de bienestar y de libertad para el proletariado, según que el movimiento se acerque o se aleje del objetivo supremo de liberación, sin preocuparse de nada más.

Esta es la razón por la cual los anarquistas se encuentran siempre, en el terreno de la acción, al flanco o contra éste o aquél partido, ésta o aquella organización, sin haber hecho por ello renuncia alguna, sin haber pactado, por un puro sentido de deber, en cuanto esa dada acción o ese dado movimiento representa un progreso hacia una mayor justicia y libertad, es decir, un paso adelante hacia la anarquía — cualquiera que haya sido el iniciador, cualquiera que esté por ser el aprovechador inmediato sobre un campo diferente. Esto hace que la acción anarquista a menudo se confunda en el conjunto de la obra agena, y permita a los otros atribuirse el mérito y recoger los transitorios frutos políticos de la obra de los anarquistas.

¿Pero qué importa esto? Quien no tiene que conquistar ventajas inmediatas, personales o de partido, sino que mira sólo a la difusión de sus ideas y al aumento del bienestar general y de la libertad para todos, poco se cuida de poner su propia etiqueta a los movimientos en que participa; lo que le urge, sobre todo, es que el movimiento se haga, que siga el camino que él cree mejor y tenga en los hechos el resultado deseado. ¡Todo lo demás es vanidad, beneficio aparente o fugaz!

Vendrá más tarde el momento en que muchos dirán: "¡Ah! pero entonces tenían razón los anarquistas!" — o, sino: "esto es lo que se proponían los anarquistas" — ¡Cuántas veces, en el pasado, hemos visto a la crítica anarquista confirmada por los hechos, bien que, a menudo, demasiado tarde y sin resultados apreciables!

Pero no hay que preocuparse demasiado si los adherentes al movimiento anarquista proplamente dicho quedan siempre en menor número. Las ideas tienen una fuerza de irradiación que hace sentir su benéfica influencia mucho más allá de los confines de los partidos. Bien que la clase obrera se adhiera siempre en su mayoría a otros movimientos o partidos, y sus mayores organizaciones de clase tengan una orientación diferente a la anarquista, el espíritu de revuelta aumenta no obstante en su seno, las ideas anarquistas se difunden, siempre mejor acogidas; y los jefes deben deplorar cada vez más, desde su punto de vista, las tendencias "anarcoides" de sus secuaces, y la pretendida indisciplinada "impulsiva" de

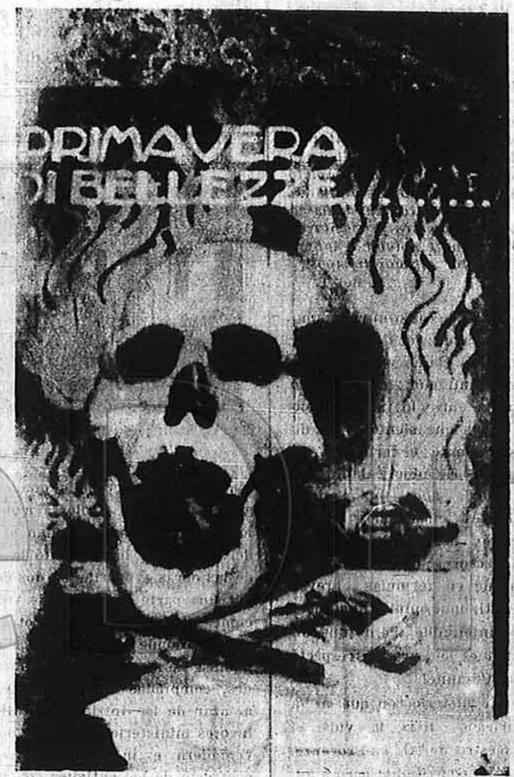
las masas: indisciplinada que, al contrario, es mucho menos impulsiva de lo que se cree. Es más bien una disciplina diferente, moral y más profundamente sentida, fruto no desechable de la propaganda y de la obra que los anarquistas efectúan entre las masas.

No está dicho con esto que a los anarquistas, casi el ser tales les preserve del error o les haga infalibles, que hagan siempre y bien todo cuanto deberían y podrían hacer. ¡Ah, no, por cierto! Con demasiada frecuencia hacen más bien lo contrario, y a menudo su éxito es aparente y no del todo de mérito propio. Pero esto no importa, porque lo que quiero decir aquí no es una defensa de la obra efectuada en éste o aquél caso por los anarquistas, sino afirmar y demos-

trar que los anarquistas tienen, como tales, que cumplir una función suya en el movimiento obrero y de clase; y confirmar, a la luz de los hechos, que el programa anarquista es práctico, no sólo en el fin que se propone, sino que, también como movimiento y tendencia actual en el seno de la organización social y política contra la que combate, es el que mejor responde a las necesidades prácticas de la lucha incesante de los trabajadores contra el capitalismo.

Luigi Fabbrì

La "regeneración" de Italia



Hé ahí los frutos que dió la siembra de violencia: desolación, muerte, fascismo

Las explicaciones verbales

Antes de hacer las observaciones prolijas que son la base de la ciencia positiva actual, el cerebro de los investigadores ha trabajado a menudo en el vacío para comprender el mundo material. Miguel Bakunin, el gran teórico anarquista, denuncia esa ilusión del espíritu que distingue en la Naturaleza dos órdenes de hechos separados: el mundo espiritual o de las ideas, de los conceptos y de las fuerzas, por una parte, y por otra, el mundo material, fuerza de inercia y de resistencia a la acción del espíritu. Esto proviene, dice con razón Bakunin, del error del hombre que siente y ve su cuerpo y disocia lo que percibe y la acción de percibir, la conciencia. Le Dantec ha expuesto el mismo punto de vista en "el problema de la muerte y la conciencia universal" para no citar sino este

libro. Así, la acción de percibir que es un hecho, es explicada por medio de una sustancia superior: el alma que tiene conciencia de sí misma y entra en contacto con el mundo exterior. Ese mismo mundo exterior, toma, en el espíritu de los metafísicos, una realidad absoluta. La sensación, en lugar de ser, como lo admiten los investigadores modernos, la reacción del ser viviente con el medio exterior, se convierte, para los teólogos, en el propio medio exterior y nuestra alma saca nociones y acciones sobre él. Hay así dualismo en la naturaleza. En el hombre, el alma y el cuerpo, y en el total, la materia y las ideas.

Luis Buchner, Le Dantec y otros han combatido esa tesis de separación en dos mundos. Han hecho notar que esa separación arbitraria estaba basada sobre un

mal entendido y que la tesis espiritualista no se apoyaba sino en palabras.

En toda su vasta obra, obra que fué y es la más bella defensa del materialismo científico, Le Dantec ha atacado a lo que él llamaba verbalismo. Es el error de los metafísicos que explican el hecho natural con el nombre que le dan. Un perro bebe, come, se acopla y reproduce. Tiene una individualidad, reacciones frente al medio externo que le son propias, específicas. Este conjunto de propiedades se ha reunido en una sola palabra que las comprende a todas: se dice que ese perro vive. Hay una infinidad de seres, plantas y animales que tienen una forma definida y reacciones específicas con el medio exterior: se dice que esos seres viven. Y el conjunto de todas esas vidas individuales ha recibido el nombre de Vida en general. Hasta aquí se trata de un simple vocabulario científico, completamente legítimo, basado sobre observaciones claras. ¿Cuál es la causa de la sensibilidad, de las reacciones psicológicas y fisiológicas, de la forma anatómica del perro? En los comienzos de la ciencia no pudo tratarse de buscar las reacciones físicas o químicas del medio interno del animal y sus relaciones físico-químicas con el medio exterior. No se tenía ningún dato general, por lo tanto, ningún medio de explicación. Pero el cerebro humano, curioso, como dice Bakunin, no pudo pasarse sin una tentativa de explicación inmediata. Y los pensadores, habiendo abstraído la idea de Vida del conjunto de hechos materiales que le habían dado origen, explicaron la vida individual del perro (o del hombre o de cualquier otro ser tomado particularmente) con una fuerza abstracta, misteriosa, inconcebible que es la Vida en general. Y el vocabulario se convirtió en una tentativa de explicación. Y así en todo. Se ha abstraído la fuerza de la materia, la vida del ser viviente, la idea del hombre, dando a todos los conceptos espiritualizados una existencia autónoma y el valor de una causa y de una explicación. Esto es el Verbalismo.

Este error fatal, dada la ausencia de conocimientos positivos, ha sido cristalizado con la intervención de la idea de Dios, idea que han hecho intangible la organización clandestina, terrorista de los curas de todos los cultos y el conjunto del estado social teocrático basado sobre las relaciones de Dios y el Estado. Esta tesis la desarrolla a fondo Bakunin en sus dos obras: "Dios y el Estado" y "El Imperio Knuto-germánico y la Revolución Social".

Como lo plantea Marx en el "Manifiesto del Partido Comunista" y lo demuestra en "El Capital", el estado político e intelectual de una sociedad depende de su organización económica. Por esto, durante el largo período que ha durado el régimen feudal, ya sea federalista en la edad media o centralista en la monarquía absoluta, le fué necesaria su sanción, de aquí la idea de la omnipotencia de Dios, de la autocracia del "Espíritu sobre la materia", y en las ciencias naturales el triunfo de las fuerzas ocultas y arbitrarias sobre las leyes físicas y químicas.

La aparición de la conciencia de clase proletaria, la tendencia popular a la igualdad de las condiciones sociales, la negación del derecho divino de los gobernantes y privilegiados, todo esto ha provocado (y no seguido) una revolución científica y los señores fueron arrancados de las nubes donde se cernían le-

(Continúa en página 6)

PAGINA DE ARTE

CÉZANNE

Ultimamente Maclair, en un ejemplar de "La Nación de los domingos, declara que Cezanne y el cezannismo "eran una de las más grandes mistificaciones del siglo". En cambio, para grandes artistas como Renoir y Monet, y otros artistas y críticos contemporáneos, Cezanne, además de ser un ejemplo único de probidad artística; ha sido el más grande de los pintores del siglo XIX. Maclair, estudiando hace muchos años el movimiento impresionista colocó a Cezanne en un plano completamente secundario. Fue lo que nosotros llamamos una plancha. Pero el crítico no ha vuelto sobre sus pasos; más, le ha ido achacando todas las extravagancias que cometieron las innumerables tendencias de "vang"ardía — fumistas o no — que se han atribuido la prerrogativa de "continuar" al maestro.

Pocos saben el verdadero valor de Cezanne, y no poca culpa de esto recae en los que han querido explicarlo. Mauricio Denis, cuyo estudio sobre Cezanne nos complacemos en traducir hoy, es, con Emilio Bernard, de los pocos que, sea por el amor al maestro como por la competencia técnica que poseen, han dado una idea clara de los propósitos y el arte del gran pintor. Denis ha predicado con el ejemplo el retorno a los métodos clásicos y a los grandes principios de arte — contra la imitación de lo antiguo, como contra la imitación servil de la naturaleza. Denis, cuya vida ha sido dedicada por completo al arte y a la enseñanza, no puede ser sospechado de "biufista", "mistificador" ni "fumista". El lector apreciará sin duda su autorizada palabra. Con ella proseguimos nuestro propósito de dar a conocer en el SUPLEMENTO cuanto de notable e interesante se haya escrito sobre el arte en estos últimos tiempos.

N. del T.

Yo no he oído nunca a un admirador de Cezanne dar razones claras y precisas de su admiración; esto es raro hasta entre los artistas, entre los que sienten más directamente el arte de Cezanne. He oído palabras — calidad, sabor, importancia, interés, clasicismo, belleza, estilo... Y, por ejemplo, de Delacroix o de Monet, se puede en fórmulas breves emitir una opinión fácilmente inteligible. Pero ¡qué difícil es ser preciso respecto de Cezanne!

El misterio con que se ha rodeado toda la vida del maestro de Aix-en-Provenza, no ha contribuido poco a aumentar la obscuridad de los comentarios que han, por otra parte, beneficiado a su fama. Era un tímido, un in-

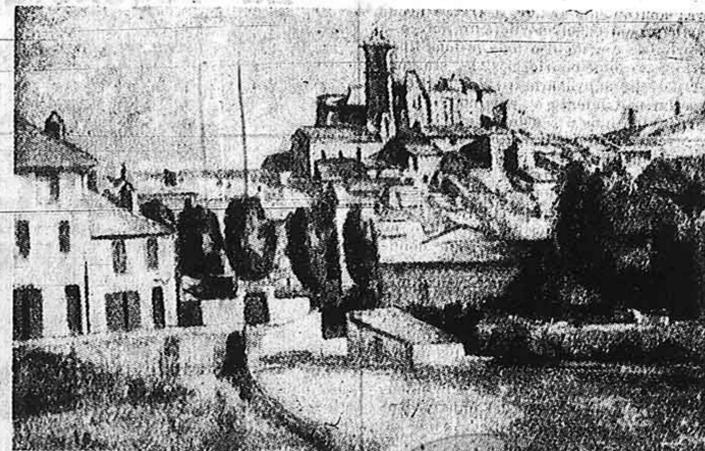
dependiente, un solitario. Exclusivamente ocupado de su arte, perpetuamente inquieto y a menudo no satisfecho de sí mismo, escapó casi hasta su muerte a la curiosidad pública. Hasta la mayoría de los que dicen continuar sus métodos, lo han ignorado. El autor de estas páginas confiesa que hacia el 1890, en la época de sus primeras visitas al negocio de Tanguy, consideraba a Cezanne como un mito, posiblemente como el pseudónimo de un artista especializado en otras investigaciones, y que ponía en duda su existencia. Tuvo después el honor de verlo en Aix y las palabras recogidas, junto con las que Emilio Bernard ha publicado en el "Occidente", servirán para dar un poco de luz sobre su estética.

A su muerte los artículos de los diarios estuvieron unánimes en dos puntos, y de donde quiera que viniera la inspiración de esos artículos, se los puede tener como el reflejo exacto de la opinión media. Ante todo, las necrologías admiten la in-

fluencia de Cezanne en una gran parte de la juventud; después su esfuerzo hacia el estilo. Así queda entendido que Cezanne es una especie de clásico y que la juventud lo tiene por un representante del clasicismo.

Desgraciadamente es muy difícil decir sin obscuridades qué es el clasicismo...

Cuando en las provincias, después de un largo aislamiento se entra en uno de nuestros tristes museos provinciales, en



Cezanne — Paisaje

una de esas necrópolis donde el estrago, el abandono, el olor a mohó y el silencio parecen agregar algo al retroceso del tiempo, se hace pronto la distinción de las obras expuestas en dos categorías: por una parte los restos de viejas colecciones de amateurs, y por otra las salas nuevas, donde las comisiones de la República han amontonado ruines novedades, compradas en los salones anuales al azar de las intrigas de talleres o de favores ministeriales. Es allí donde se es verdadera e injenuamente sensible al contraste de los antiguos con los modernos; y que un antiguo fragmento de un Boloñés o de un discípulo de Lebrun, al mismo tiempo fuerte y sintético, parece decididamente superior a los secos análisis y a las banales fotografías en colores de nuestros medallitas!

Imaginemos en ese medio, pura hipótesis, la presencia de un Cezanne. Así lo comprenderemos mejor. Por lo pronto no podremos colocarlo en las salas nuevas, tanto chocaría con las anécdotas e insulceses.

Será preciso, de toda necesidad, reunirlos a los maestros antiguos, a los cuales se aproxima a simple vista por la nobleza y por el estilo. Gauguin decía pensando en Cezanne: "nada semeja más a una *croûte* que una obra maestra". Mamaracho u obra maestra, no podemos comprenderlo sino en oposición con la mediocridad de la pintura moderna. Y ya se nos aparece uno de los caracteres del clasicismo, cierto Estilo, cierto orden obtenido por la síntesis. Al contrario de la pintura moderna, un Cezanne vale por sí mismo, por las cualidades de unidad de composición, de color, y en una palabra, de pintura. Los hechos diversos, las ilustraciones de folletín o de epopeyas con las cuales están tapizadas las

salas del Museo donde yo lo imagino, no tratan de interesarnos sino por el sujeto representado. Otros son estudios que tienen a establecer la virtuosidad del artista. Buena o mala, una tela de Cezanne es verdaderamente un cuadro.

Supongamos reunidas para otra experiencia, esta menos quimérica, tres obras de la misma familia, tres naturalezas muertas, una de Manet, una de Gauguin, una de Cezanne. Notaremos enseguida el

Cezanne los copia, y en la casa de sus padres en Jas-de-Bouffan se ve con sorpresa una gran interpretación de Lancret y en la copia del Cristo en el Limbo de Navarrete.

Por otra parte, debe hacerse diferencia entre esta primera manera, inspirada en los Españoles y los Bolofeses, como los ruinos retratos pintados con la espátula de la colección Pelerin o la célebre efigie de



Cezanne — Naturaleza muerta

Emperere; y las obras de la segunda manera fresca y matizada. En las dos épocas Cezanne desempeña el rol de reactivo, precipita los elementos efímeros, accesorios y de pura sensibilidad del arte moderno y transforma en armoniosas y durables fórmulas a los que entre esos elementos más satisfacen a sus afinidades clásicas. En la primera manera se ve en qué se convierten para él Courbet, Delacroix, Daumier, Manet y con qué trabajo espontáneo de asimilación desarrolla, en el sentido del estilo, algunas de sus tendencias clásicas. Sin duda, no llega a realizar la serena belleza y la plenitud del Tiziano; pero es por el Greco que llega a los Venecianos. "Usted es el primero en la decadencia de su arte", le escribía Baudelaire a Manet. Es tal la debilidad del arte moderno, que Cezanne parece aportarles la salud y prometernos un renacimiento, proponiéndonos un ideal cercano al de la decadencia de Venecia.

Comparación instructiva en la cual quisiera que se meditara, entre Cezanne y ese Greco nervioso y medio loco que, con un trabajo contrario, introdujo en la triunfante madurez de la escuela veneciana, el sistema de las disonancias y deformaciones apasionadas que fueron el origen de la pintura española. De esta vejez febril de una gran época, nació a su vez el robusto y sano método de un Zurbarán, de un Velazquez. Pero mientras que el Greco se complacía en refinamientos de naturalismo y de imaginación por cansancio, sin duda, de la perfección del Tiziano, Cezanne inscribió su sensibilidad en rudas y racionales síntesis por reacción al naturalismo y romanticismo moribundo.

Este mismo conmovedor conflicto, esta combinación del estilo y de la sensibilidad, se lo encuentra en el segundo período de Cezanne, pero entonces es el impresionismo de Monet y de Pizarro que le da los elementos que provocan las reacciones y la transformación clásica. Los contrastes de tintas, realizados por el estudio de la plena luz, las irrisaciones de arco iris de la nueva paleta, el las disciplina, las organiza con el mismo rigor que las oposiciones de blanco y negro del período precedente. Al mismo tiempo, el modelado sumario de sus primeras figuras sustituye el cromatismo razonado de las figuras y naturalezas muertas de esta segunda manera que podría llamarse su manera florida.

El impresionismo — y entiendo por tal mucho más al movimiento general que cambió desde hace unos veinte años el aspecto de la pintura moderna, que al arte particular de un Monet o de un Renoir — el impresionismo era de tendencia, sintética, puesto que su finalidad era

la de traducir una sensación, de objetivar un estado de alma; pero sus medios eran analíticos, porque el color no era para él sino el resultado de una infinidad de contrastes; es con la descomposición del prisma que los impresionistas recomponen la luz, dividen el color, multiplican los reflejos y los matices; en fin, sustituyen a tantos grises distintos otras tantas tintas. En esto reside el vicio fundamental del impresionismo. El *Piffano*, de Manet, en cuatro tonos, es necesariamente más sintético que el más delicioso de los Renoir, donde el juego del sol y de la sombra engendran una extensa variedad de matices. Ahora bien, hay en un buen Cezanne tanta simplicidad, austeridad y grandeza como en un Manet y además los matices conservan la frescura y brillantez que florece en las telas de Renoir. Algunos meses antes de su muerte nos decía Cezanne: "He querido hacer del impresionismo algo tan sólido y durable como el arte de los museos". Es por lo que tenía tanta admiración por los primeros Pizarros y sobre todo los primeros Monet — siendo éste, por otra parte, entre los vivientes, el único por el cual manifestaba una gran estimación.

Así, al principio por un instinto de latino, por gusto natural, más tarde en plena conciencia de su esfuerzo y de sí mismo, se esforzó por crear una especie de clasicismo, de impresionismo. En reacción perpetua contra el arte de su tiempo, de él saca sin embargo su fuerte personalidad el alimento o el pretexto para sus investigaciones de estilo: extrae de él los materiales de su obra. En una época donde la sensibilidad del artista se tenía, casi exclusivamente, como la única razón de la obra de arte y donde la improvisación — ese "vértigo espiritual proveniente de la exaltación de los sentidos", según Gustavo Geffroy — tendía al mismo tiempo a la destrucción de las convenciones caducas del academismo y sus métodos necesarios, sucedió que el arte de Cezanne supo conservar a la sensibilidad su rol esencial substituyendo por completo la reflexión al empirismo. Y, por ejemplo, en lugar de la notación cronométrica de los fenómenos, pudo conservar su emoción del momento, a pesar de fatigar hasta el exceso, con un trabajo calculado y querido, sus estudios del natural. El *compos* sus naturalezas muertas, variando a propósito las líneas y las masas, disponiendo los pafios según ritmos premeditados, evitando los accidentes del azar, buscando la belleza plástica, pero sin perder nada del verdadero motivo; de ese motivo inicial que se aterra al desnudo en sus esbozos y acuarelas, quiero decir, esa delicada sinfonía de matices yuxtapuestos, que su retina descubría al principio, pero que su

razón hacía después, espontáneamente, apoyar sobre el aporte lógico de una composición, de un plan, de una arquitectura.

Por otra parte, nada de menos artificial, advirtámoslo, que este esfuerzo hacia una justa combinación del estilo y la sensibilidad. Lo que otros han buscado, y a veces encontrado, en la imitación de los antiguos, la disciplina que él pide en sus comienzos a los grandes artistas de su tiempo, termina por encontrarla en sí mismo. Y aquí reside la característica esencial de Cezanne. Su modalidad espiritual, su *genio*, no le permite aprovechar directamente a los antiguos: se encuentra vis a vis de ellos en una situación análoga a la que tenía frente a sus contemporáneos. Su originalidad se exalta al contacto de los que él imita o que lo influyen; de aquí su persistente dureza, su bienhechora ingenuidad, de allí también las increíbles torpezas a que lo obliga su sinceridad. Para él no se trata de estilizar un estudio, como hace, en suma, Puvlis de Chabannes. El es tan naturalmente pintor y tan espontáneamente clásico! Si yo osara una comparación con otro arte, diría que encuentro de Cezanne al Veronés, la misma relación que del Mallarmé de *Herodiade* al Racine de *Bérénice*. Con elementos nuevos, o por lo menos renovados, rejuvenecidos, sin tomar al pasado sino las formas necesarias (en uno el molde del alejandrino y la tragedia, en el otro la concepción tradicional del cuadro compuesto) encuentran, poeta y el pintor, el lenguaje de los maestros.

El uno y el otro tienen el escrúpulo de conformarse a las necesidades de su arte y de no traspasar sus límites. Como el escritor ha querido deber toda la expre-

hecha abstracción del sujeto representado, una satisfacción inmediata, un plan estético puro. El arte de Cezanne es al pie de la letra ese arte esencial cuya definición es laboriosa al crítico y cuya realización parece imposible. El imita los objetos sin ninguna exactitud y no trata de interesarnos por ningún sujeto accesorio de sentimiento o de ideas.

Cuando él imagina un esbozo, reúne colores y formas fuera de toda preocupación literaria: sus esfuerzos se aproximan más a los de un tapicero persa que al de Delacroix, transportando en armonías de colores, pero con intenciones líricas o dramáticas, una escena de la Biblia o de Shakespeare. Esfuerzo negativo si se quiere, pero que atestigia un instinto inaudito de la pintura. El es el que pinta. Renoir me decía un día: "¿Cómo diablos hace? El no puede poner dos toques de color juntos sobre una tela que no queden ya muy bien."

Poco importa el pretexto de ese mosaico, figuras desnudas, inverosímilmente reunidas en un paisaje inexistente, manzanas sobre una servilleta atravesada, con un fondo de empapelado banal; hay siempre una bella línea, un bello equilibrio, una riqueza lujosa de sonoridades y de acordes. El don de frescura, la espontaneidad y la novedad de sus *trouvailles* agregan aún mayor interés a sus menores apuntes.

"Es, dice Serusier, el pintor puro. Su estilo es un estilo de pintor, su poesía es poesía de pintor. La utilidad, el concepto mismo del objeto representado desaparecen delante del encanto de la forma coloreada. De una manzana de un pintor vulgar se diría: ¡me la comería! De una manzana de Cezanne se dice: ¡qué hermosa! no osaríamos pelarla, se la querría



Cezanne — Retrato

sión de su poema a lo que es, fuera de las ideas y el asunto, el dominio puro de la literatura: sonoridad de las palabras, ritmo de las frases, movilidad de la sintaxis — el pintor ha sido pintor ante todo. La pintura oscila eternamente entre la invención y la imitación. A veces copia, otras imagina. Son estas sus variaciones. Pero haga a la naturaleza objetiva o tradúzcala especialmente la emoción del artista, es preciso que sea un arte de belleza concreta y que nuestros sentidos descubran en el objeto de arte mismo

copiar. He aquí lo que constituyó el espiritualismo de Cezanne. No ligo, y con extensión, lo mismo, porque la manzana ideal sería lo que halaga las mucosas, y la manzana de Cezanne habla al espíritu por el camino de los ojos. "Se debe notar aún, agrega Serusier, la ausencia de asunto. En su primera manera, el asunto era cualquier cosa, a veces pueril. Después de su evolución el asunto desaparece, y no ha yenido un motivo (es la palabra que usaba Cezanne)". Esto también es de una enseñanza pre-

El trabajo, factor de renovación social

(Conclusión)

Dos filosofías, dos concepciones sociales afirman el trabajo como factor constitutivo de la sociedad que quieren edificar. Pero cuando en el torbellino de la vida se afirma un deseo de acción con fines aprovechables a todos, una sed de bienestar colectivo, importa ante todo conocer el principio o los principios que animan lo que se quiere transformar, los errores y las verdades, para servirse de unas y eliminar los otros.

Reacción violenta contra un medio que ha sistematizado la arbitrariedad y hace de la opresión un credo sociológico, la rebeldía popular es un espíritu manifiesto y particular en su fin establece este axioma: que la emancipación de los trabajadores, es obra de ellos mismos. Erigiendo en principio que toda vida social, material o intelectual es el hecho de un conjunto de individuos, cuyas funciones orgánicas concurren a una actividad definida, es imposible no afirmar que la vida social debe legítimamente emanar de los que componen la sociedad. Estas relaciones definidas por todos, tendrán tendencia a la igualdad, a la tolerancia. Haciéndose dueños de su conducta profesional y social, los trabajadores establecerán, gracias a modos de vida en relación a la dicha individual y colectiva, la armonía. Sólo una filosofía que dé el conocimiento de lo inmediato, haciendo al individuo capaz de organizarla, es susceptible de renovar un estado social decadente.

En la diversidad de su posesión, el capital, este "científico" opresor del trabajo, crea por su competencia vital mínimas condiciones de libertad para los trabajadores. Pero este mínimo de libertad no basta, de donde resulta la causa de rebeldía contra la norma social, nacimiento del Socialismo, que es la protesta popular viviente contra este orden.

Del Socialismo, o, si se prefiere, de la rebeldía expresa, han salido diversas escuelas en las que se distinguen claramente dos corrientes:

- 1o. El Socialismo estático, legal, despotico.
- 2o. El Socialismo libre, o el Anarquismo.

Estas dos corrientes afirman el trabajo como factor constitutivo del grupo. ¿Qué pueden realizar?...

El socialismo

Considerado bajo un ángulo constructivo, — en tanto que es moral creadora, filosofía, — el socialismo es la demostración de su importancia. No tomaremos el ejemplo de Jesús, ni la haremos intervenir, porque esto sería hacer odiar en conjunto todo lo que se calificase de socialismo, puesto que, combatiendo la sociedad burguesa y capitalista, — recurren a las mismas instituciones para edificar. ¿Qué trae de nuevo al trabajo, sino un crecimiento de servidumbre, des- que tiende al desarrollo de la centralización del Estado, de la burocracia?

Su filosofía es la autoridad, el ejercicio del poder. Su tendencia cesariana fué afirmada por todos sus teorizantes; desde Saint-Simón, que fué el verdadero fundador, pasando por Luis Blanc, Marx, hasta los contemporáneos.

Cómo protesta popular tenía su razón de ser... como organización gubernamental se identifica con lo que se quiere destruir y así merece ser combatido. A este propósito decía Proudhon en "Contradicciones económicas": "¡Que me perdonen mis amigos comunistas! Sería menos refractario a sus ideas, si no estuviera invenciblemente convencido, en mi razón y en mis sentimientos, de que la comunidad, el republicanism y todas las utopías sociales, políticas y religiosas, que desprecian los hechos y la crítica, son el mayor obstáculo que tiene que vencer actualmente el progreso". Ni un solo ejemplo puede demostrar que con el socialismo la iniciativa vendría de abajo, la organización del trabajo, del trabajador. Es la uniformidad absoluta, tanto en la creación profesional como en la mo-

ral. Todo queda sometido a decretos, a leyes, y nada que pueda ser contrario a este dogmatismo social puede ser público; es la asfixia sistemática de modos de sentir particulares; de todo lo que es capaz de acelerar la evolución individual y colectiva. Económicamente está por debajo de lo que es en la política.

Es a consecuencia de la desigualdad económica que han nacido los privilegios, los derechos: la Clase, que elevada así en dignidad, se ha hecho la directora de la conciencia social en el dominio económico y político, de donde resulta el antagonismo presente entre la clase que dirige y la que sufre; conflicto constante que durará mientras existan los que hablan en nombre del pueblo y le imponen su voluntad y sus caprichos. El socialismo no desea sino ampararse del poder, de manera de poder dirigir la Política y la economía, como si las leyes que rigen la Producción, la Economía, fuesen idénticas a las que pueden regir un dogma admitido.

Todo el socialismo puede resumirse, o al menos sus intenciones, en tres puntos:

- 1º Atribuir al Poder una fuerza de iniciativas creadoras;
- 2º Crear, a costa del Estado socialista, talleres comunes;
- 3º Destruir la industria privada por la expropiación, el rescate o la competencia, a fin de que sea el Estado el solo patrón, el único director de toda la vida social.

He aquí lo que nos ofrece el socialismo: afianzamiento del Estado, que equivale al derrumbamiento fatal de todo valor de cambio, puesto que él es un consumidor insolvente, siendo al propio tiempo la improductividad personificada; la sumisión total de la personalidad a un dogma que la deforma, haciendo de ella un automatismo más que una conciencia.

Se pide a los componentes del grupo socialista obedecer, ahora y siempre, someterse irremisiblemente a los decretos dictados por los que hablasen en nombre de los trabajadores y que éstos no tendrían siempre la posibilidad de elegir. Privación total de libertad, haciéndose el hombre el engranaje de una máquina incoherente, subordinado al expediente, rebajado al rango de apologista inconsistente en la dirección de una máquina que le mata porque la ignora, siendo nada más, según la Ortodoxia, un mecanismo, para hacerle obediente, pasivo. Después de esto, ¿sigue siendo el socialismo un ideal?... Que aquellos que emiten sus dudas sobre la imposibilidad creadora del socialismo, se informen en los textos más ortodoxos, y verán si el socialismo es susceptible de aportar a su suerte otra cosa que un aumento de miserias, de servidumbres.

Ni siquiera han visto los teorizantes del socialismo que para vivir hay que comer y que para comer hay que producir, o no han querido ver en su suficiencia mesiánica, que era preciso producir primero y que no son las leyes ni los tratados los que pueden llenar esta imperiosa necesidad. No podían verlo, porque hubieran sido destruirse voluntariamente, proclamando la imposibilidad de la Política de organizar la Economía. Tenían que elegir: ser dictador u organizador. Ciertamente, la dictadura confiere privilegios a quien la ejerce, pero ser organizador supone la igualdad en la Condición, que es lo que siempre han proclamado los anarquistas.

No quiero hacer alusión a los hombres que personifican el socialismo; atácanse sencillamente a una idea anticuada que exige creencia, fe para realizarse, y abdicación integral de la personalidad. Error en su mismo fundamento, porque reposa por completo sobre el misticismo, no puede construir donde el cristianismo ha fracasado.

Aparte algunos fanáticos, la creencia, felizmente ha muerto. Pero en su lugar, gracias a la evolución industrial, el egoísmo, el espíritu de goce, se han desarrollado. No hay sino intereses a conciliar. Y aquí aparece verdaderamente la fuerza constructiva del anarquismo.

El anarquismo

Digamos primero, para evitar toda confusión, que aplicamos el término socialismo a los que declaran necesaria la autoridad. Nos afirmamos Anarquistas, porque probándose por los hechos que lo somos, no hay cuidado de que los políticos nos usurpen el lugar que nos corresponde y así estaremos dispuestos a defender una filosofía que no confiere privilegio alguno.

Situado sobre el plano económico, el anarquismo viene a conciliar los intereses individuales y colectivos que se chocan en la lucha por alcanzar mejores condiciones de vida. Negador de la legalidad, de la Clase y de todos los dogmas del socialismo y otras autocracias políticas, no reconoce más que la necesidad del trabajo para la satisfacción de nuestras necesidades materiales inmediatas.

Para vivir hay que comer. A esto responde el anarquismo que no se produce con leyes y que, en lugar de buscar de hacer producir, se deben emplear los conocimientos y aptitudes técnicas para hacerlo; que querer obligar a los demás es aminorar en proporción la producción, creando fatalmente la desigualdad. Y así nadie tiene el derecho, sin pisotear la más elemental equidad, de imponer a otro su voluntad y desde el momento que la actividad individual no impide la libertad de los demás, la defensa social — que en la legalidad es la de los parásitos — no tiene razón de ser.

No puede haber más que productores y consumidores que, en buena lógica, reconocen depender del trabajo. Teniendo conciencia de este hecho, los trabajadores serán unánimes en afirmar: que la fórmula de organización social deberá ser de una aplicación fácil, de modo de establecer equilibrio al comienzo de la nueva organización, entre el egoísmo de unos y el espíritu reaccionario de otros. Haciéndose teoría, la anarquía, esta ciencia de la vida social, frente a los problemas económicos no podía resolverlos más que afirmando la participación de todos en la vida colectiva.

Organización, cohesión en el esfuerzo no implican en modo alguno la necesidad de mando para la creación. De la diversidad en la vida salió el progreso. Suponer a todo el mundo carpintero, mecánico, sería absurdo. La satisfacción de las necesidades vitales exige un coeficiente de productos diversos, de modo que de una dirección incoherente, porque es interesada, este mínimum, aunque comprimido, existe. Suponiendo que el Poder sea suprimido ¿creese que habrá regresión? Al contrario. Cualquiera que sea el dominio en que una tensión se manifiesta, siempre los sucesos tienden al equilibrio, obedeciendo a las leyes de la mecánica que rigen el universo y que los pobres átomos, perdidos en la inmensidad, que nosotros somos, no pueden transformar porque no la conocen. Pero eso es

Acaba de aparecer la importante obra de SEBASTIAN FAURE

"Mi Comunismo"

Precio: \$ 2.00

lo mismo en nuestros modos de vida. Sabemos lo que nos envilece, lo que es causa de nuestra esclavitud: inferioridades que el hombre según su querer puede cambiar porque conoce todas sus fealdades; y que otros medios de vida, obedeciendo a esta ley de equilibrio, se le ofrecen por esta contradicción innata en todas las cosas y que se descubre por el examen en estado potencial en la vida. Destruído el Poder no veríamos monstruosidades como ésta: cuando Bessemer inventó el convertidor, permitiendo así tratar directamente el mineral, encontró todo contra él y su invento quedó en la sombra hasta que el capitalismo — que es de hecho el Poder — vió su provecho y lo sacó a luz.

Siendo una práctica de vida, y no el privilegio de alguien, es un campo de acción en que todas las actividades encuentran sitio y todas las iniciativas florecen, no sobresaliendo sino las que se imponen por su superioridad: el trabajo, la anarquía se hace más una atracción fecunda y alegre que una imposición triste y estéril.

No más intereses particulares ni apetitos; el interés de cada uno íntimamente ligado al de todos; he aquí la mejor sanción para los perezosos. No más favoritismo; cada uno comprenderá cual es su verdadero lugar para producir el máximo con la mínima fatiga.

Lo que interesa a todos interesa a cada uno; en esto el socialismo y la anarquía están de acuerdo para afirmarlo; pero donde la anarquía se muestra verdaderamente revolucionaria es cuando niega que un grupo de hombres tenga el derecho de dirigir al conjunto, que es el fin del socialismo.

Síntesis para la creación de los esfuerzos individuales y colectivos, la anarquía es actualmente la sola filosofía capaz de remediar el mal que nos enviene y nos conduce a la decadencia. Factor de armonía en lo social y en lo moral, se ofrece al examen de los hombres de buena voluntad para crear. Que los mercaderes del templo la blasfemen; sus críticas nos incitan a evadirnos de la necesidad en que ellos se encharcan y a marchar sin trabas hacia la realidad que creamos en nosotros.

Por el Trabajo hacia la Vida.

Bernard ANDRÉ

Trad. de Le Libertario por C. I.



¡Cuando tiremos con esta carga!